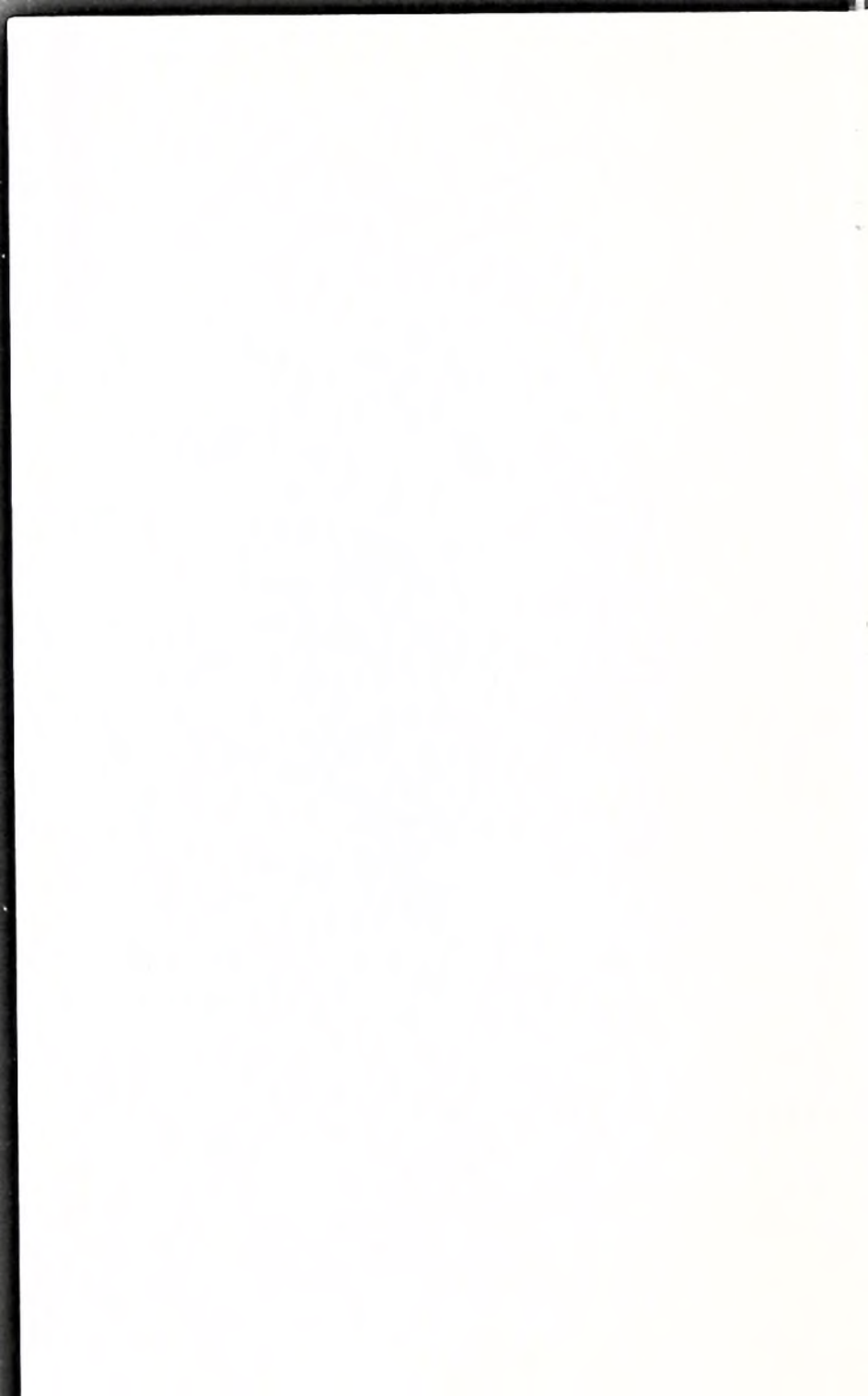


Más de una lengua

Barbara Cassin

Más
de
una lengua









COLECCIÓN POPULAR

715

MÁS DE UNA LENGUA

Serie Breves
dirigida por
MARIANO BEN PLOTKIN

Traducción de
VERA WAKSMAN

BARBARA CASSIN

MÁS DE UNA LENGUA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2012
Primera edición en español, 2014

Cassin, Barbara

Más de una lengua. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2014.
62 p. ; 17x11 cm. - (Popular. Serie Breves)

Traducido por: Vera Waksman
ISBN 978-987-719-002-1

1. Filosofía del Lenguaje. 2. Lingüística. I. Vera
Waksman, trad.
CDD 401

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Plus d'une langue*
ISBN de la edición original: 978-2-227-48355-2
© 2012, Bayard

D.R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-002-1

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

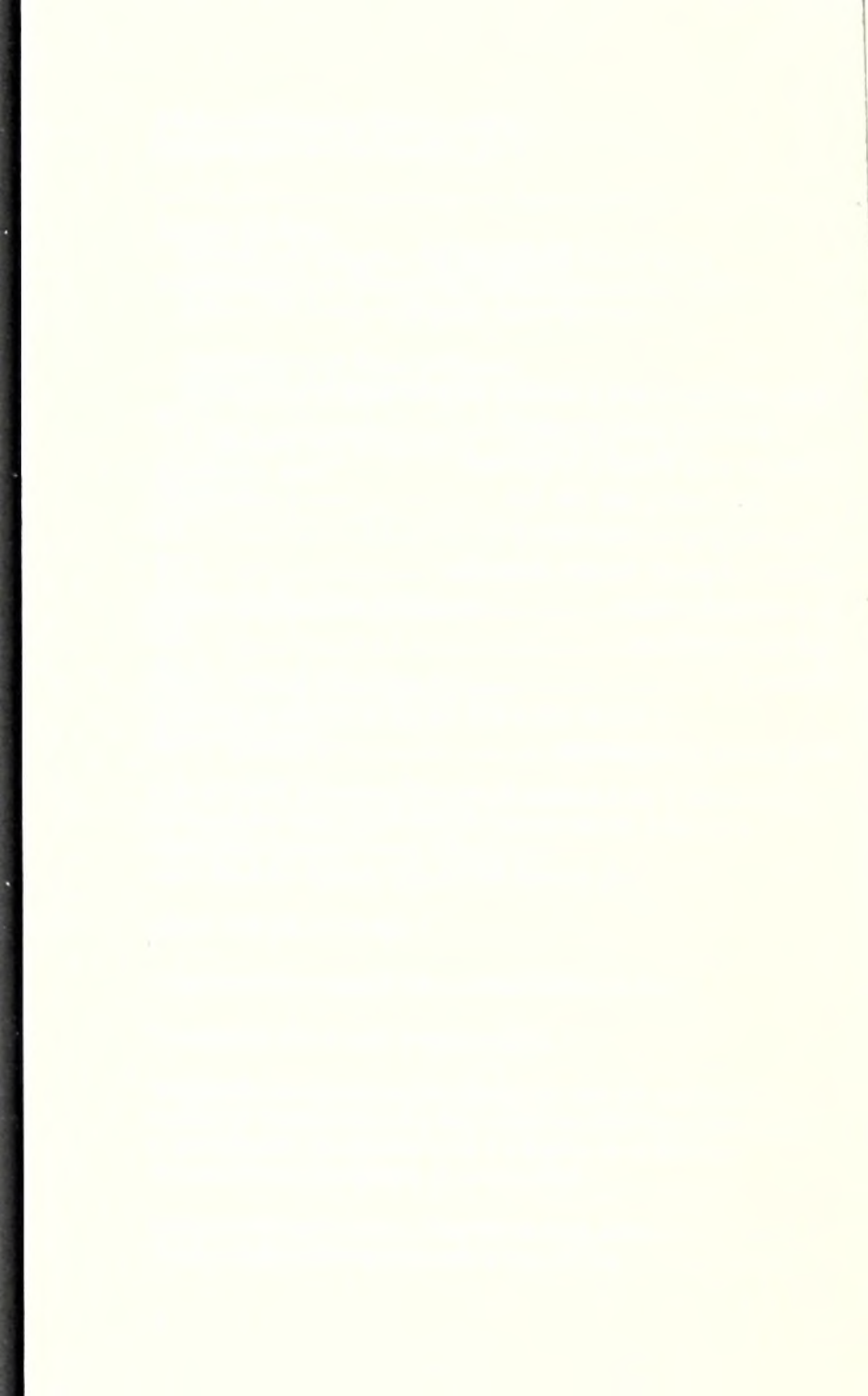
Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>¿Por qué aprender y hablar otra lengua además de la propia?</i>	9
<i>¿Qué es una lengua materna? Bárbaro y bla bla bla</i>	10
<i>"Una lengua no pertenece"</i>	13
<i>Varias lenguas, varios mundos</i>	18
<i>Los intraducibles</i>	21
<i>Los homónimos</i>	24
<i>Traducir</i>	26
<i>Preguntas y respuestas</i>	33



¿POR QUÉ APRENDER Y HABLAR OTRA LENGUA ADEMÁS DE LA PROPIA?

No sé qué quiere decir “la propia” y quisiera comenzar planteando esta pregunta: ¿qué es una lengua materna? Intentaré luego comprender qué ocurre cuando se habla más de una lengua, varias lenguas diferentes, y cómo esas lenguas diferentes dibujan en el fondo mundos diferentes; no mundos incompatibles, no mundos radicalmente diferentes, sino mundos que resuenan unos con otros y que nunca pueden superponerse por completo. En consecuencia, habrá que preguntarse cómo pasamos de una lengua a la otra y reflexionar sobre lo que se llama la traducción.

Me interrogaré acerca de todo ello a partir de lo que sé, a partir de mi actividad profesional: soy filósofa. Con la filosofía, ya estamos

en otra lengua, es español* pero no es solo eso. En primer lugar, porque el término "filósofo" proviene directamente del griego antiguo y quiere decir: el que ama la sabiduría. Algunos griegos se dieron ese nombre, hace mucho tiempo, en el siglo V antes de Cristo, hace veintiséis siglos. Esos griegos declararon que se llamaban filósofos, y al decir esto eran mucho menos pretenciosos de lo que podría creerse, porque decían que amaban la sabiduría y no que eran sabios. No eran "sophos", sino "filósofos". El amor a la sabiduría puede generar preguntas como: ¿por qué hablar otra lengua? ¿Qué es una lengua y qué es una lengua materna?

¿QUÉ ES UNA LENGUA MATERNA?

BÁRBARO Y BLA BLA BLA

Partamos de la última interrogación. La lengua materna es la lengua de la mamá, puede

* Las referencias de la autora a la lengua francesa así como los ejemplos de términos en francés se han trasladado al español cuando ello no implicaba una pérdida de sentido. [N. de la T.]

ser también la lengua del papá y no es necesario que ambas sean iguales. Es la lengua que hablamos, en la que nos bañamos al nacer, la lengua que nos rodea en casa, en familia. Ya en el vientre materno escuchamos sonidos que crean un largo acostumbramiento y forman una secuencia con las canciones que nos cantan para hacernos dormir cuando somos bebés y, luego, con las historias que nos cuentan. Esa es la singularidad de la lengua materna. Algunos de ustedes tienen, quizá, dos lenguas maternas, no porque tengan dos mamás, sino porque la lengua de su madre y la de su padre no son la misma. O bien porque la lengua que habla su familia y en la que están inmersos está ligada de manera inmediata a, o entra en competencia con (no sé cómo se dice), la lengua del país en el que están, aquella en la que les hablan y que ustedes hablan quizá también en su casa, con sus hermanos y hermanas, y si no, muy pronto, fuera de la casa, en el jardín de infantes, en la escuela.

Hablar dos lenguas no es simple, pero es una suerte. Evita caer en una ilusión muy grave, a mi modo de ver, que es la ilusión que

cultivaban los griegos: imaginaban que solo existía de verdad una única lengua, la suya. La llamaban con una palabra: *logos*. Los otros, los que no hablaban como ellos, eran “bárbaros”, los que decían “blablabla”, algo que no se entiende. Ustedes saben qué son las onomatopeyas, “crac”, “puf”, “bum”. “Bárbaro” es el ruido que hace alguien que es designado por su ruido —un ruido ininteligible para los griegos, que no lo comprenden y que no tratan de comprenderlo—. *Logos*, en cambio, significa la “lengua” en griego, pero también la “razón”. Aristóteles, uno de los primeros filósofos griegos, define al hombre como un animal dotado de *logos*, es un animal que habla-y-piensa. Los griegos, entonces, suponen que la lengua que ellos hablan se confunde con la razón, que el griego es la lengua de la razón, de la inteligencia, la única lengua posible, y que el resto no existe. El resto ni siquiera es una lengua. Los griegos hablaban el *logos*, es decir la lengua que constituye la humanidad, la cultura, la racionalidad, de modo tal que no estaban seguros de que los bárbaros fueran hombres. En todo caso, en tanto bárbaros, en tanto blablantes,

estaba permitido ponerlo en duda. Imaginar que no existe más que una lengua, la que uno habla, implica esta división terrible. (Quiere decir que los otros quizá no hablan, quizá no son hombres o, en todo caso, no son hombres como nosotros. Por eso, yo digo que ser bilingüe es una suerte, porque es una suerte comprender y sentir que hay varias lenguas. Lo primero que hay que tener en la cabeza cuando se quiere pensar la lengua materna es que es una lengua, una lengua entre otras lenguas posibles, una lengua entre otras, aun cuando es para cada uno magníficamente singular.

“UNA LENGUA NO PERTENECE”

La lengua materna es, entonces, aquella en la que nacimos, o aquellas en las que nacimos, y no es la única posible. Es la que nos acompañará (o las que nos acompañarán si hay varias) toda la vida, la lengua en la que soñamos. ¿Alguna vez se preguntaron en qué lengua sueñan? Esta pregunta es muy hermosa e importante. ¿En qué lengua soñamos? La

lengua materna es aquella de la que estamos impregnados, nos bañamos en sus sonoridades y podemos jugar con ella, hacer juegos de palabras, escuchar ecos significantes, inventar: somos los dueños de esa lengua y, sin embargo, es ella la que nos tiene a nosotros. Es una relación extraordinaria. Somos dueños, porque podemos decir en ella lo que queremos, pero ella nos tiene a nosotros porque determina nuestra manera de pensar, nuestra manera de vivir, nuestra manera de ser.

Esta relación muy singular nos constituye y, al mismo tiempo, hay que saber que la lengua que es nuestra, o las lenguas que son nuestras, nuestras lenguas maternas, no nos pertenecen. Jacques Derrida, un filósofo, dijo esta frase que me parece muy hermosa: "Una lengua no pertenece".

Esto se puede entender en dos sentidos.

En primer lugar, el más evidente: una lengua no pertenece a una nación o a un país. Hay otros que aprenden o comparten con nosotros la lengua francesa, por ejemplo. La "francofonía" no está compuesta solo por franceses, por suerte para los franceses y para la lengua francesa que se despliega, se

diversifica, se enriquece no solo en África o en Canadá, sino en muchos otros lugares.

“No pertenece” quiere decir también que, cuando ustedes la hablan, pertenecen a ella tanto como ella les pertenece a ustedes. Dentro de ella, siempre es posible inventar, pero en el fondo, a través de ustedes, gracias a ustedes, es ella la que no deja de inventarse. No son ustedes los que la poseen, es ella la que los obliga y los hace a ustedes. No les pertenece: ustedes le pertenecen a ella y ella pertenece a otros además de a ustedes. Es eso una lengua materna.

En cuanto a los sonidos, como “blablabla”, *barbaros*, “bárbaro” —que remiten a lo que se llama el significante, es decir, a la manera en que los ruidos constituyen palabras, a la relación entre una palabra, el ruido que hace y el sentido que tiene—, accedemos a ellos con más facilidad en nuestra lengua materna. Es por eso que la o las lenguas maternas son también las lenguas en las que soñamos y en las cuales podemos leer y, quizás, hacer poemas. Y cuando soñamos en una lengua extranjera (me ha ocurrido), es para hacerle honor, para pertenecerle un poco o pertenecer a

alguien que la habla. También la poesía involucra sin cesar los sonidos y los hace jugar. En los manuales para estudiar lenguas, casi nunca hay poemas. Se enseña a decir: "Buenos días, ¿cómo le va? Tengo ganas de ir al cine. ¿Me podría traer un café?". Pero rara vez se enseña a escuchar la lengua en sus textos y en sus poemas. Entonces, de alguna manera, no la van a tener en el oído, o en el cuerpo, y no van a disfrutar de ella de manera auténtica. No van a saber cómo dibuja el mundo. En la lengua materna, ustedes lo saben, lo oyen de inmediato. Es muy importante escuchar y leer los textos en voz alta. Las fábulas de La Fontaine tienen algo extraordinario: nos obligan a leerlas con el tono. Y el tono es lo que viene de los sonidos. Por ejemplo, *El gato, la comadreja y el conejito*: "La dama de nariz en punta contestó que la tierra era del primer ocupante. ¡Bonito *casus belli*, una madriguera en la que solo se entraba rampante!". Ta ta ta ta, articulado, amartillado y con altura: perentoria y puntiaguda, ahí está la comadreja. Y aquí está el gato: "Era este doctor un gatazo que hacía vida de ermitaño, piadoso y cachazudo; un santo varón gatuno, muy orondo, y

de buen pelo, árbitro expertísimo en los casos más duros". Lo escuchan, gatazo orondo, lleno de *o* y de *a*. Pueden navegar ahí adentro como en un todo, y para conocer una lengua es necesario sentirla como un todo.

En cada lengua existen grandes poemas, que la fabrican y son fabricados por ella. Los de Homero, la *Iliada* y la *Odisea*, fundaron la lengua griega. Si yo les digo dos frases de esos poemas, ustedes no van a comprenderlas, pero quizá van a escucharlas. La escena representa a una diosa, Tetis, y su hijo Aquiles. Él llora la muerte de su amigo Patroclo, ella sabe que su hijo va a morir y también llora, cada uno de ellos llora con un ruido particular. Él es un gran guerrero cuya palabra suspira, pesada, con sílabas largas desde el fondo de su pecho: *to de barý stenákhonti*. Cuando ella llora, todo es agudo de tristeza, como si chillara, escuchen: *oxý de kokýsasa* (en el canto XVIII, versos 70 y 71). Lo que es de uno en la lengua materna, y tal vez lo más difícil de dominar en otra lengua, es el cuerpo de la lengua.

Así, hay una o unas lenguas más maternas que otras, las que podemos entender inme-

diatamente y con las que hacemos cuerpo. Pero por suerte, si una lengua no pertenece es también porque se aprende.

VARIAS LENGUAS, VARIOS MUNDOS

¿Qué significa, de manera precisa, saber varias lenguas? Tal vez: tener varias cuerdas para el arco. Varias lenguas son varios mundos, varias maneras de abrirse al mundo.

No están primero las cosas y después las palabras, es complicado saber en qué sentido se impone esta relación. Es una pelea fuerte entre filósofos. ¿Tenemos primero una cosa y luego una palabra, o primero una palabra y luego una cosa, o bien las dos al mismo tiempo? Es probable que las dos, los filósofos son muy prudentes y hoy en día optarían en general por las dos. Pero, en la filosofía más clásica, tradicionalmente se suele imaginar que primero existe una cosa y que luego nos ponemos a nombrarla. En consecuencia, importa bastante poco la manera en que se la nombra en las diferentes lenguas: la identidad de la cosa a la que se refieren las

palabras basta para asegurar la buena comunicación.

Sin embargo, a mí me parece que la palabra trabaja la cosa, la hace ser de una cierta manera. Tomemos *khaire*, la palabra griega que se usa para saludar. No significa para nada *buen día*, ni *good morning* o *welcome*. Quiere decir, en un sentido muy literal, "goza, disfruta, alégrate". Cuando se saluda en esa lengua, no se dice "que pases un buen día" o "que tengas un día bueno", se dice "disfruta", ¡no es lo mismo! Todo un mundo se dibuja allí. Cuando un latino se encuentra o se despide de otro latino, le dice: *Vale*, "que estés bien", "buena salud". Ese también es otro mundo. Cuando se dice "buen día" en hebreo o en árabe, se dice *shalom*, *shalam*, "que la paz sea contigo". El mundo se abre de una manera por completo diferente según la lengua, si nos dicen "que pases un buen día", "disfruta", "que estés bien" o "que la paz sea contigo". Esto es lo que me interesa tanto en la diferencia entre las lenguas: cómo cada una dibuja cada vez algo así como un mundo o una visión del mundo, y cómo esos mundos entran en contacto.

Quisiera tomar otro ejemplo, muy concreto. La palabra *table* [mesa en francés] viene del latín: *tabula*, la mesita del banquero. El banquero armaba una pequeña *tabula* sobre la que se trataban entonces los asuntos de dinero, en particular de préstamo y de cambio de moneda. Los griegos, por su parte, decían *trapeza*, “que tiene cuatro patas”; esta era una mesa griega, tenía cuatro patas, no era una mesita. Cuando ustedes dicen “*table*” en español, dicen mesa. Mesa designa la meseta, también en geografía: la meseta de Castilla, o la de los Andes. No se dice exactamente lo mismo cuando se piensa en una mesita de cambista, en un mueble de cuatro patas o en la meseta de Castilla. Todos esos halos de sentido alrededor de las palabras constituyen las lenguas y sus diferencias. Hablar varias lenguas equivale entonces a tener varios mundos al alcance, que se pueden poner en comparación unos con otros. En el siglo XIX, los románticos alemanes propusieron una bella comparación inventando o reinventando la lingüística, es decir, el arte de tratar con las lenguas. Decían que una lengua es como una red que se arroja al mundo y, de

acuerdo con las mallas de la red, con el lugar donde se la arroja, la manera de arrojarla y de levantarla, recoge diferentes peces. Una lengua es lo que trae ciertos peces, un cierto tipo de mundo.

LOS INTRADUCIBLES

Me llevó mucho tiempo comprender lo que se podía hacer con aquella percepción. Trabajé, como filósofa, con otros ciento cincuenta filósofos de todos los países de Europa —solo porque yo no era capaz de salir de Europa, de llevar a cabo una comparación verdaderamente externa— sobre lo que se llaman los “intraducibles”, es decir, las palabras que no logramos poner en otra lengua y que la señalan en su diferencia: en suma, síntomas de la diferencia de las lenguas.

Escribimos un *Diccionario de los intraducibles* en filosofía... ¡durante quince años! Lo más improbable de esa aventura era que ese libro improbable fuera un éxito editorial. En poco tiempo vendimos más de diez mil ejemplares, una prueba del interés del público. No nos

interesamos en “mesa”, sino en palabras más abstractas, más filosóficas, como “libertad”, por ejemplo, una palabra bien filosófica. En Europa existen al menos dos maneras de decir “libertad” y ambas implican cosas muy diferentes. Así, en inglés, la palabra “libertad” puede traducirse de dos maneras: *liberty* o *freedom*. Estas dos palabras abarcan dos concepciones de la libertad que no se parecen para nada entre sí. La *liberty*, como la “libertad”, viene de la palabra latina *liberi*, los “niños”: la *liberty* pertenece a los niños que nacen entre gente libre, los no esclavos; dicho de otro modo (lo único que hago aquí es retomar los análisis de un gran lingüista, Émile Benveniste), se trata de una libertad que se transmite de padres a hijos, una libertad vertical. *Freedom*, por su parte, es de la misma familia que *friend*, que quiere decir “amigo”; esta libertad es una libertad horizontal, la libertad de una franja de edad, de compañeros que van a estudiar o a hacer la guerra juntos. La libertad-*freedom* existe de manera inmediatamente política, mientras que la libertad-*liberty* se transmite de manera “natural” por la familia. Está claro que las

cosas se complican enseguida, porque la cuestión de la naturaleza o de la cultura es difícil: el padre no es "naturalmente" libre, porque la naturaleza en este caso nunca es más que el nombre de un cierto estado de la sociedad, solo que ese tipo de libertad se transmite de generación en generación. En cualquier caso, pueden ver cómo, con *freedom* y *liberty*, lo que se dibuja en el seno de la misma lengua son diferentes percepciones de la libertad.

El solo hecho de que existan dos palabras en inglés (*freedom* y *liberty*) para una sola palabra en español [libertad], en francés (*liberté*) y para una sola palabra en alemán (*Freiheit*, de la misma etimología que *freedom*) es muy interesante. La palabra francesa implica, como en latín, el derecho de la sangre, una libertad del padre al hijo, mientras que el término alemán designa desde el primer momento la libertad de compañeros solidarios e iguales en el combate. Esto produce reflexiones filosóficas y políticas diferentes. Esto produce o es producido por —no sé en qué sentido va la causalidad—, pero digamos que se siente vibrar ahí la diferencia de las lenguas.

LOS HOMÓNIMOS

Es apasionante comprender un poco mejor lo que hace a la singularidad de cada lengua. Si dejo de lado muchas cosas importantes que remiten a la sintaxis y a la gramática (el orden de las palabras, el género de los sustantivos, los tiempos de los verbos, etc.), lo que constituye la singularidad de cada lengua son, de manera muy particular, las palabras que tienen muchos sentidos. Son esas palabras terribles que se llaman “homónimos”: la misma palabra quiere decir varias cosas.

En cada lengua existen homónimos diferentes. Por otro lado, es a partir de otra lengua que podemos advertir cuáles son los homónimos de la lengua que hablamos, de nuestra lengua materna.

Tomemos un ejemplo: “verdad” es algo que es conforme a la realidad. Cuando digo que esta mesa es amarilla, es verdad: ustedes la ven, en efecto, es amarilla. Ahora bien, en ruso existen dos palabras para decir “verdad”. Una de esas palabras, *pravda*, era el nombre del diario del Partido, que se suponía que debía decir siempre la verdad. Sin embargo, esa misma

palabra quiere decir también “justicia”; lo sabemos porque sirvió para traducir en ruso (o en eslavo, ancestro del ruso) la palabra griega *dikaiosyne*, que significa, sin ambigüedad, “justicia” en la Biblia. El otro vocablo ruso, *istina*, quiere decir también “verdad”, pero en el sentido de exactitud: esta mesa es marrón, amarilla, es exacto, y entonces se usa *istina*. En consecuencia, ustedes ven que para los rusos, cuando nosotros decimos *verdad*, confundimos dos cosas: la justicia y la exactitud. Para nosotros, a la inversa, cuando los rusos dicen *pravda*, confunden dos cosas: la justicia y la verdad.

Cada lengua tiene su cuota de confusiones, pero esas confusiones se identifican a partir de otra lengua e incluso solo existen en función de ese otro punto de vista. Desde el exterior se ve cómo funciona la cosa en la propia casa, es siempre desde fuera del propio territorio como podemos darnos cuenta. Es muy importante hablar dos lenguas, al menos dos, porque eso les permite comprender que la de ustedes no es la única posible, y qué tipos de conflagraciones o de fusiones de sentido produce su lengua. Cuando digo *sen-*

tido, quiere decir tanto el “sentido” de una palabra (*meaning* en inglés), como la “sensación” que se experimenta y también la “dirección”. ¡Es increíble, eso no existe, creo, en ninguna otra lengua moderna! Lo que define una lengua es la suma de sus equívocos, sobre todo cuando no son fruto del azar, sino que están fundados, como en este caso, en la larga historia de esa lengua, por ejemplo por intermedio de las traducciones que se operan de una lengua a la otra. Así, el “sentido” de una palabra y la “sensación” ya estaban ligados en el latín *sensus*, que heredamos en francés [y en español]; y el latín, a su vez, traducía el griego *nous*, que significa algo así como la “intuición”, lo que se aprehende de una vez, aquello que se percibe de manera instantánea (como un perro que olfatea) o que se comprende de inmediato (como un dios que piensa).

TRADUCIR

Nos falta comprender, entonces, para terminar, cómo podemos pasar de una lengua a la

otra: traduciendo, "tra-ducción", "pasando", así se dice.

Hay que señalar, en primer lugar, hasta qué punto la traducción es difícil. Para pasar de una lengua a la otra, tenemos que pasar de un mundo a otro, hay que atravesar un foso. Por suerte existe un mundo común a todos esos mundos: todos vivimos, iba a decir "globalmente", en el mismo mundo; tenemos, en efecto, algo como "el mundo" compartido, pero respecto de las lenguas y las culturas que implican este es apasionadamente compuesto, heteróclito, unido y dividido.

He aquí dos traducciones de un mismo texto, la escena de Babel. La pluralidad de las lenguas aparece aquí como un castigo divino y no como una riqueza humana, por lo cual no estoy para nada segura de estar de acuerdo. Este pasaje de la Biblia relata cómo los hombres quisieron levantar una torre tan alta que desafiaba a Dios. Dios los castigó impidiéndoles que se reunieran por completo, es decir, dándoles la diversidad de las lenguas. Los hombres se pusieron a hablar diferentes lenguas, mientras que hasta ese momento solo hablaban una. Entonces se

dispersaron, porque la diferencia de lenguas logró impedirles que se unieran. La primera traducción es la más conocida, la de la *Biblia de Jerusalén*:

Todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras. Al desplazarse la humanidad desde Oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron.

Entonces se dijeron el uno al otro: "Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego". Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa. Después dijeron: "Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la haz de la tierra".

Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, y dijo Yahveh: "He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible.

"Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo".

Y desde aquel punto los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Por eso se la llamó Babel; porque allí embrolló Yahveh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra.*

Así se cuenta la historia de Babel. De repente, ya nadie comprende a nadie, la gente solo escucha un "blablabla". Pero ustedes lo comprenden sin dificultad, es un texto que funciona como si estuviera escrito en nuestra propia lengua, a lo sumo, con algunas expresiones que lo hacen parecer antiguo.

Si leo la segunda traducción, lo que van a escuchar es el hebreo. La manera en que está construido el texto nos detiene, entonces, porque no es la lengua que hablamos, es otra lengua dentro de la nuestra. Y esa es otra manera de traducir. Esa es la traducción de Henri Meschonnic:

* Se reproduce la traducción de la *Biblia de Jerusalén*, ed. dirigida por J. A. Ubieta, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975. [N. de la T.]

Y fue toda la tierra lengua una
Y palabras unas

Y fue en su viaje hacia el oriente
Y encontraron un valle en el país de
Chin'ar y
allí se establecieron

Y dijeron uno hacia el otro vamos hagamos
blanquear
ladrillos blancos y hagamos arder la fogata
Y el ladrillo blanco para ellos fue la
roca y
el barro rojo para ellos fue la arcilla [...]

Y Adonai dijo si el pueblo es uno y la lengua
una para
todos ellos y eso lo que empezaron a hacer
Y ahora no podrá ser sustraído a ellos
nada de lo que mediten hacer

Vamos bajemos y allí embabelemos su
lengua

Que no entiendan uno la lengua del otro.

(Genèse, 11:7-9, *Les tours de Babel*,
trad. fr. de H. Meschonnic y R. Blaig,
Mauvezin, TER, 1985, pp. 11 y 13.)

Existen, en consecuencia, al menos dos maneras de traducir. Una manera que deja al lector lo más tranquilo posible, porque se encuentra como en su lengua, aun cuando el texto es difícil y no comprende la totalidad. Otra manera de traducir, por el contrario, consiste en hacer las cosas de manera tal que el autor esté lo más tranquilo posible, mientras que el lector está muy perturbado: no comprende muy bien lo que lee, pero comprende que algo diferente se hace oír y trabaja en su propia lengua.

Es muy interesante que haya diversas maneras de traducir y diversas maneras de hacer oír una lengua en otra. Esto implica que una lengua no es simplemente un medio para comunicarse: es también una cultura, un mundo de frases, de ritmos que difieren.

Hoy en día, cuando se escribe una frase en Google y se le pide a Google Translate que la traduzca, suelen obtenerse resultados muy extraños. Tomemos, por ejemplo, esta frase de la Biblia: "Y Dios creó al hombre a su imagen". Le pedí a Google que la tradujera al alemán, luego le pedí que retradujera la frase alemana al francés, y al final de la operación, cuando se

llega al último resultado, nos da: ¡“Y el hombre creó a Dios a su imagen”! Por el momento, la traducción es un trabajo que no se hace de manera automática, y esto por auténticas razones. Cuando Google, por ejemplo, se adueña de ella, vuelve a pasar por el inglés, que sirve de lengua pivote, es decir, de común denominador, como en las fracciones. Google traduce, entonces, el francés al inglés, luego el inglés al alemán, el alemán al inglés y, por último, el inglés al francés. Es evidente que todos esos trasposos producen cosas raras...

A partir del momento en que se considera que una lengua no es solo un medio para comunicarse sino que dibuja un mundo, uno se vuelve muy prudente, muy atento. Una lengua materna es una cosa que no se parece a ninguna otra, aun cuando no pertenece y cuando, por suerte, existe más de una. Porque existe más de una, el mundo es más interesante, más variado, más complicado. Esta complicación nos prohíbe creer que somos los únicos que poseemos la verdad.

Montreuil, 10 de abril de 2010

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Escuché decir que las lenguas no tienen todas el mismo número de palabras, quisiera saber si eso quiere decir que algunas lenguas son más ricas que otras y si todas las lenguas tienen la misma capacidad de crear palabras nuevas y, por lo tanto, de enriquecerse.

No conozco suficientes lenguas verdaderamente extranjeras. A diferencia de Gilberte Tsaï, que nos recibe aquí en el teatro de Montreuil, no sé nada de chino, por ejemplo. No conozco el hebreo ni el árabe, que son lenguas verdaderamente diferentes a partir de las cuales reflexionar. Conozco unas cuantas lenguas de Europa, el latín y el griego. Tengo algunas nociones de ruso. Para responder a tu pregunta en los límites de lo que puedo tener en mente, las lenguas no tienen el mismo número de palabras, es posible y

verosímil. Pero la primera certeza es que el *"global English"* que hablamos todos es muy pobre comparado con el inglés de Shakespeare, de Jane Austen o de James Joyce. Hay que entender que una lengua son autores y obras. La cultura es lo que define una lengua. Una lengua no tiene, en consecuencia, el mismo número de palabras que ella misma, esta es mi primera aproximación a la respuesta.

Mi segunda aproximación es que algunas lenguas tienen a veces una plétora de palabras para designar cosas esenciales en su mundo, tan esenciales que operan distinciones allí donde "nosotros" ni siquiera podemos considerarlas. Se dice que en vasco, por ejemplo, hay una decena de palabras para nombrar la lluvia. Una lengua esquimal, el inuit, dispone de un número aún mayor de palabras para nombrar la nieve: cada vez, hay cualidades diferentes de lluvia, o de nieve —sobre la que se camina, con la que se puede construir un iglú, la que permite que no se pierda la huella, en la que uno se muere—. Son mundos concretos. Pero eso no quiere decir que porque existen muchas pa-

labras para decir la lluvia esa lengua tenga más palabras. Tal vez tiene menos para nombrar el sol.

Dicho esto, lo que define una lengua no es solo el número de palabras sino también su tipo de sintaxis. Por lo tanto, las lenguas pueden ser infinitamente diferentes porque no tienen el mismo tipo de organización. Esto implica que la comparación es difícil y que es todavía más difícil saber lo que quiere decir riqueza o pobreza. Creo, por ejemplo, que el chino no dispone del verbo "ser". Cuando hace algunos años fui a dar un curso a la Universidad de Pekín sobre la verdad en los griegos, necesitaba hablar del verbo "ser", necesitaba las palabras "sujeto" y "accidente". "La mesa es amarilla", "amarilla" es un predicado o un accidente de esa sustancia o de ese sujeto que es la mesa, intermediado por "es". ¿Cómo contar eso si no solamente faltan las palabras análogas, sino que falta además el anclaje mismo constituido por la forma de la frase? Es muy difícil. El traductor se arregló como pudo. Un estudiante notable que parecía dormir en la primera fila, y que no estaba tan dormido, se me acercó

después de la conferencia y me dijo que el traductor era muy bueno para traducir las palabras pero no el sentido, porque cuando yo hablaba de "accidente", él traducía "accidente de auto". Evidentemente, sin el verbo "ser" era muy complicado. Es probable que el número de palabras no sea el mismo de una lengua a otra, pero eso no quiere decir demasiado puesto que, de una lengua a otra, se dan articulaciones diferentes, relaciones diferentes, riquezas diferentes. Lo que cuenta supera por lejos el conteo de las palabras.

¿Tienen las lenguas la misma capacidad de inventar? No tienen la "misma" capacidad de inventar, pero son todas "inventables". Una lengua es una energía y se inventa todo el tiempo, según sus propias modalidades. En alemán, hay algo que, en el diccionario del que les hablé, llamé la "metafísica de las partículas". ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que se puede tomar un sustantivo o un verbo y poner delante o detrás unas cositas, partículas, *in* o *aus* por ejemplo. Esas partículas designan el lugar, el tiempo, la manera, y eso produce una nueva palabra. En español resulta difícil, podemos hacerlo

un poco, pero solo un poco. Podemos decir “verdecer” o “reverdecer”, pero nos cuesta decir “desverdecer” o “averdecer”. En alemán, se puede. Cada lengua contiene en sí misma sus reglas de invención y de transgresión posibles. Cuando Jacques Derrida decía que una lengua no pertenece, hablaba desde su historia personal: él era *pied-noir*,* el francés era su lengua materna, pero le parecía una locura que el árabe fuera considerado en Argelia como una lengua extranjera, que se lo enseñara como una lengua extranjera. Llamaba a eso el “monolingüismo del otro”. Decía, entonces, que una lengua no pertenece y que, por esa razón, hay que respetarla, ir en su sentido. Podemos inventar dentro de ella, pero existe un sentido de la invención. Podemos ser irrespetuosos con una lengua a condición de respetar su ley secreta, de haber comprendido cómo ella se inventa. Creo que cada lengua guarda sus propias posibilidades de invención.

* El término *pied-noir* designa a los colonos franceses instalados en Argelia antes de la independencia y a sus hijos nacidos allí. [N. de la T.]

¿Usted sabe hablar griego?

No sé pronunciarlo, porque ya no sabemos cómo se pronunciaba el griego antiguo. Sabemos algunas generalidades, sabemos que algunos acentos (se los llama "espíritus ásperos") quieren decir que el sonido es aspirado, por ejemplo. Cuando escribí *khairé* hace un rato, que quiere decir "alégrate", puse una *h* para hacer notar la aspiración de la letra *khi*, que no equivale a una simple *k*. Entonces, conozco una cierta cantidad de cosas para pronunciarla, pero no todo. Soy incapaz de hablarlo, pero sé leerlo: es lo que llamamos una lengua muerta. Una lengua muerta es una lengua que ya no es materna para nadie. Nadie nace hablando griego antiguo hoy en día, y esto constituye una gran diferencia entre una lengua muerta y una lengua viva. Ya nadie puede inventar palabras en griego antiguo, está cerrado, terminado.

Existe un griego moderno que se habla hoy en Grecia, pero ha cambiado mucho respecto del griego antiguo, aunque más no sea en el plano de la pronunciación. En particular, se dio el fenómeno del "iotacismo": muchas

vocales y diptongos se pronuncian “i” y ya no “e”, por ejemplo. Y luego, el sentido de algunas palabras se desplazó. Si digo *metaphorá*, en griego antiguo quiere decir “metáfora”. Cuando se dice “al pie de una montaña”, te das cuenta de que una montaña no tiene pies como tú, es una metáfora. A la parte baja de la montaña se la llama “pie”, pero la montaña nunca tendrá zapatos. Hoy, cuando veo *metaphorá* en Grecia, lo veo en un camión de mudanza. No es para nada absurdo, porque, de cierta manera, la palabra “pie” para la montaña se había en efecto “mudado” en griego antiguo respecto de lo “propio” que es un pie de hombre.

No hablo el griego moderno, lo comprendo un poco. El griego antiguo, ya nadie lo habla, pero se lo puede leer.

¿Por qué se dice que los bilingües tienen más facilidad para aprender una lengua?

Diría en primer lugar: porque hablan lenguas, en plural. Lo saben, y ninguna lengua les aparece como un *logos*, como la única lengua po-

sible. La certeza de que existen al menos dos lenguas implica que existen también otras y que podemos compararlas, ahí tenemos relaciones. En griego antiguo, *logos* quiere decir ante todo "relación": $a/b = c/d$, he ahí un *logos*, lo que hoy en día llamamos una proporción. Ser bilingüe permite establecer relaciones; y la capacidad y la inteligencia podrían definirse así, como establecer relaciones. Ser bilingüe te permite establecer relaciones de lengua a lengua, por tanto, entre varias lenguas, es por eso que es más fácil aprenderlas.

¿Por qué la lengua que se habla más es la que se habla en la escuela?

Por ejemplo, ¿tú hablas una lengua en tu casa y una lengua en la escuela? Dime, ¿qué lenguas hablas?

Hablo inglés y francés.

¿Cómo es que hablas inglés? ¿Uno de tus padres habla inglés?

*Sí, mi madre es inglesa y mi padre es francés.
¿Por qué yo hablo más el francés?*

Creo que casi me has dado la respuesta. Hablas inglés con tu madre, pero como vives en Francia, hablas francés con todos los demás. Creo que hablas más a menudo con todo el mundo que con tu madre, pero eso no impide que el inglés sea para ti una lengua materna en sentido estricto. ¿Tal vez sueñas en inglés?

No sé.

Presta atención la próxima vez que sueñes, quizá te des cuenta de que sueñas en dos lenguas, es posible. Hablas con muchas más personas en francés que en inglés, pero es probable que hables muy intensamente con tu madre.

Usted habló al comienzo de un sentido de invención de las palabras específico de cada idioma. Con la mundialización del inglés, ¿ese sentido va a continuar? En francés existen pa-

labras que vienen del inglés y en inglés, palabras que vienen del francés, ¿con el tiempo no habrá más que una sola lengua para todo el mundo?

Es posible, hoy ya casi existe una lengua para todo el mundo, yo la llamo “*globish*”, “*global English*”. Si quieres pedir un café, puedes hacerlo en esta lengua desde Pekín a Tamarasset. Es una lengua de comunicación, un vehículo, pero no hay que confundirla con el inglés. El inglés es mucho más rico que el *globish*, es una lengua de cultura y de obras, mientras que el *globish* no tiene obras, salvo informes para pedir plata en Bruselas —e incluso en Francia—. Pienso que el *globish* ya existe, y que existieron antes de él otras lenguas vehiculares algo comparables, con la diferencia muy importante de que eran menos someras en cuanto a las palabras y en cuanto a su organización. Por ejemplo, en eso que los griegos llamaban el “mundo habitado” se hablaba la *koiné*, un griego común a todos (*koinós* quiere decir “común”). Se hablaba un lenguaje común bastante diferente del griego propiamente dicho, del que les hablé hace un rato, aunque con la misma base. Más

tarde vino el latín como lengua de Imperio, luego como lengua de Iglesia. Sigue existiendo todavía una relación entre quienes dominan y la lengua más comúnmente hablada. La lengua común fue la de los griegos que dominaban, la del Imperio romano que dominaba, hoy en día es, en cierta manera, la del Imperio angloamericano.

¿Podrá vencer el globish a la lengua materna?

Para evitar eso quise hacer este diccionario. Una de las grandes amenazas para Europa es que solo existan el *globish* y unos dialectos, que las lenguas maternas ya no sean ni siquiera lenguas, sino solo dialectos que se hablen entre nosotros en casa, o en una casa ampliada, en un pueblito, una pequeña ciudad o un pequeño país. La amenaza de una lengua de comunicación única es muy real. Contra esa amenaza, es necesario que cada uno hable su lengua y más de una lengua. Por ejemplo, uno de los puntos muy concretos de una militancia "*antiglobish*" consiste en producir ediciones bilingües y en lograr que los manuales

que enseñan idiomas no propongan solo la comunicación, sino también algo de cultura, es decir, algo de belleza, textos que se escuchan en una lengua y no en ninguna lengua, en *globish*. Es por eso que yo insistía en los suspiros de Aquiles y en el llanto de Tetis, o en La Fontaine, porque ahí escuchas algo de cada lengua, en cada lengua. Me parece siniestro que los libros escolares no propongan más textos escritos en idiomas y que se conformen con enseñarte a comunicar de manera cómoda. Una lengua es algo más que un medio de comunicación. Es evidente que permite comunicar, pero es también otra cosa, son autores, obras, invenciones, recortes del mundo. El peligro es real, pero también está a nuestro alcance hacer algo para que las lenguas no se conviertan en dialectos, basta con hablarlas, aprenderlas, estimarlas.

¿Cuál es el peligro real de que todo el mundo hable la misma lengua?

Es que no sea una verdadera lengua y que no sintamos la falta de una. El *globish* no es una

verdadera lengua porque, por el momento, y esto depende de su propia constitución, no es sino un medio para comunicar. Es una lengua de servicio y no una lengua de cultura. El peligro sería que solo existiera una lengua de servicio, y ya no lenguas de cultura. ¿En qué lengua se escribe un bello texto, un buen texto o un texto? ¡En *globish* no! En *globish* puedes escribir informes, de hecho así te los hacen escribir. Pero ¿cómo escribir un poema en *globish*? La experiencia puede ser divertida, se puede intentar, pero será un poema un tanto irónico. Un texto en una lengua contiene en él algo así como la historia de esa lengua, con los otros textos que están inscriptos en él, de los que se nutre, lo quiera o no, y que están de alguna manera escritos por debajo de él. ¿Cómo hacer en *globish* algo del orden de la cultura y de lo bello, otra cosa que no sea comunicación? Es una verdadera pregunta. Google se jacta de conectar incluso a los salvajes en los árboles y de hablarle a cada uno en su lengua. Bravo, si es verdad. Pero yo creo que solo se trata de *linguistic flavours* (es Google quien emplea la expresión), como los gustos de un

helado: vamos a hacer un gusto francés, un sabor francés, ruso, vasco, etc. No están allí las lenguas con su fuerza y su singularidad, hay que estar muy atento. Esto me parece peligroso.

¿Cuándo es que una lengua se vuelve un dialecto?

Cuando ya no puede exportarse, cuando la única invención que queda es la privada. Un dialecto se habla entre nosotros y no puede hacerse valer ante el resto del mundo, es algo privado, que corresponde a la casa extensa y no a lo público. Un dialecto no produce obra, solo palabra. Pero, atención, también existen lenguas que no tienen forzosamente obras escritas, fijas. La cuestión es complicada, pero tendería a decir que una lengua se convierte en dialecto cuando no puede hacerse valer frente a otra lengua, cuando ya no hay varias lenguas sino una lengua global y modos de hablar locales que no entran en contacto unos con otros sino por intermedio de la lengua global.

Me gustaría saber ¿cómo explica usted el fracaso del esperanto?

Porque el esperanto es una lengua absolutamente artificial que no tiene ni autores ni obras. Creo que la comunidad europea es muy sabia al no querer el esperanto y al querer varias lenguas de comunicación, aun cuando no lo logra muy bien, porque el esperanto es un artefacto puro y no una lengua.

Sin embargo, si voy hasta el fondo de la idea del esperanto, encuentro una visión muy generosa y optimista, que se parece a lo que Leibniz llamaba la "característica universal". Leibniz vivía en la época de Descartes, en el siglo XVII, era alemán, hablaba alemán, francés, italiano, inglés al menos para leerlo, griego, latín, hebreo sin duda, y escribía en muchas de esas lenguas. La "característica universal" es la idea de que en el fondo todos los hombres tienen las mismas ideas y que es posible tomar una idea grande, la idea de "hombre" por ejemplo, y reducirla a pequeñas ideas que la componen. Como si la idea "hombre" estuviera constituida por veinte ideas primitivas —animal, lenguaje, risa, muerte,

etc.— y se pudiera construir una lengua entera combinando algunas ideas primitivas. Se reduciría todo a esos átomos de ideas y todos nos hablaríamos así, es decir, que calcularíamos. La idea de Leibniz era calcular en lugar de hablar, y que los errores de pensamiento se vieran como fallas de cálculo. Es un fracaso, nadie logró nunca realizar aquello, ni pensarlo a fondo, es un modelo por completo ideal, pero del cual el esperanto es un heredero. Uno de los más grandes esperantistas se llamaba Couturat y fue, además, el editor de Leibniz. El esperanto ocupa el lugar de la característica universal. No funciona, porque ¿cómo hacer para que sea una lengua? Leibniz esperaba que quienes no se entienden pudieran sentarse alrededor de una mesa y decirse “calculemos y sabremos quién tiene razón”. No, la lengua no se reduce a un cálculo y el esperanto no funciona, porque es artificial, insuficiente, sin espesor de historia ni de significante, sin autores y sin obras —“desesperanto”, como dice el poeta Michel Deguy...—: el esperanto, tan muerto como una lengua muerta, no es la lengua materna de nadie.

En el sur de Estados Unidos se desarrolló una lengua que se llama hoy el "spanglish", una mezcla de español y de inglés. ¿Puede llegar a ser realmente una lengua con todas las de la ley? ¿Es un peligro para el español y el inglés?

Puede llegar a ser una lengua de comunicación con todas las de la ley, incluso pueden escribirse canciones y obras en ese soporte y, en ese caso, llegará a ser, cada vez más, una lengua. Creo que no es necesariamente un peligro, es así una lengua que nace y vive. Una lengua es mortal, no estoy a favor del fijismo de las especies, de lo contrario todavía estaríamos en el latín. Creo que el francés, el inglés y el español son como el "spanglish". Está muy bien, tienen que moverse y vivir. Quizás un día el español llegue a ser una lengua muerta, pero habrá diferentes lenguas españolas entre las cuales estará el "spanglish". Hoy en día existe, por otro lado, un diccionario muy bello que se llama *Diccionario de los españoles*. Se considera que el castellano, los españoles hablados en diversas regiones de España, el español que se habla en Cuba, los españoles que

se hablan en América del Sur no son los mismos, y se intenta ver cómo funcionan, evolucionan, se cruzan, cómo una lengua se “desterritorializa”. Es una linda palabra algo difícil de pronunciar, una nueva palabra inventada por el filósofo Gilles Deleuze. Las lenguas se mueven, viven, se inventan, mueren, comunican. Acabo de llegar de Estados Unidos, escuché el “*spanglish*” y, en efecto, quizás es un peligro, pero es al mismo tiempo un buen peligro, un peligro ligado a la evolución de las lenguas, un factor de invención.

¿Cuántas lenguas habla usted en total?

Sabes, existen muchas maneras de hablar una lengua. Tengo una comprensión pasiva de una cierta cantidad de lenguas, pero sin embargo no las hablo. Puedo dar clase en francés o en inglés, puedo responder preguntas en portugués o en español, quizás en italiano. Puedo leer el griego y el latín, pero hasta ahí llego. Cuando me explican, comprendo. Por eso adoro los libros bilingües.

Coexisten ahí la lengua que no hablas bien pero que olfateas, y luego la traducción en la lengua que conoces bien. Es genial para aprender, porque aprendes apoyándote en bellos textos, que tienen una consistencia, en lugar de aprender tan solo a preguntar el camino para ir al cine, como he visto en todos los manuales escolares.

¿Por qué no hay una lengua, así podemos aprender otras lenguas?

Me parece que ya hay una lengua, existen también muchas otras y podemos aprenderlas todas, pero es largo, ¿no? Ninguna lengua vale por todas. No conozco un idioma absoluto. ¿Qué lenguas sabes hablar?

Francés y tunecino.

¿Tunecino es árabe o es más particular?

Árabe.

Y hablas las dos, ya es bastante. ¿Querías saber cómo hay que hacer para aprender otra más?

Sí.

Ir a la escuela, tener buenos profesores, buenos libros, estudiar mucho, divertirse aprendiendo, leer textos. Elige la otra lengua que quieres aprender, hazte amigos que la hablen, habla con ellos. No te va a dar trabajo si tienes ganas.

¿Es posible aprender una lengua y que al término de ese aprendizaje esa lengua llegue a ser como nuestra lengua materna?

No sé, no creo. O mejor, todo depende del “como”.

Acepto creer que se puede olvidar la lengua materna si, de pequeño, uno deja de hablarla por completo, incluso consigo mismo. Se debe poder vivir entonces en otra lengua “como si” (¿qué quiere decir eso?) hubiese sido siempre la propia.

También, sin duda, se puede aprender una lengua tan bien, quererla tanto, que uno termina sintiéndose en ella tan cómodo como un pez en el agua, como si la hubiera conocido desde siempre: una lengua materna adoptiva, de alguna manera. Por qué no.

Pero creo que eso no ocurre muy a menudo. Me gustaría encararlo desde el otro extremo, desde la singularidad resistente de la lengua materna. Hannah Arendt lo dice muy bien. Es una filósofa que fue alumna de otro filósofo alemán, Heidegger. Ella era judía y en 1933 abandonó Alemania, se escapó. Heidegger se quedó en Alemania y fue nazi. Ella fue su amante, todo el asunto es un poco complicado. Ella se va, viene a Francia y luego va a Estados Unidos. Hablaba francés, después habló inglés. Vivió durante años, toda la segunda parte de su vida, cerca de treinta y cinco años, en Estados Unidos. Ella cuenta que siempre conservó en inglés el acento alemán y que le gustaba ese acento. Hay entrevistas magníficas con ella, en particular la de un periodista que se llama Günter Gaus. La entrevista se intitula "Solo queda la lengua materna". Cuenta que el alemán permaneció "*in the*

back of my mind", siempre ahí, en el fondo de su cabeza, el alemán de su madre, el alemán de las canciones para dormir, el alemán de los poetas y el alemán de los filósofos. Yo pensaba en ella cuando trataba de definir lo que es una lengua materna. ¿Por qué es tan interesante? Porque el alemán que es su lengua materna se volvió para ella una lengua terrible, la lengua de los nazis, la lengua de los que mataron y que mataron en alemán, como Heidegger en una cierta medida cuando emplea palabras alemanas con un sentido que hace imposible que alguien como Hannah Arendt pueda apropiarse de ellas. Entiendo eso muy bien porque mis padres casi me prohibieron aprender alemán, es una locura pero es así. Cuando fui por primera vez a Berlín, dormía en el pasillo del tren porque no había lugar y me despertó alguien que me dijo: "*Raus, schnell!*" [¡Fuera, rápido!]. Me dije que mis padres tenían razón, ¡qué idioma! Hannah Arendt tenía conciencia de que esa lengua era la lengua de los nazis y que al mismo tiempo era su lengua materna. Eso le pasó a más de uno; un inmenso poeta, Paul Celan, poetizó la cuestión de lo que puede decirse

de y en esa lengua materna después de Auschwitz. En su entrevista, Hannah Arendt exclama: "¡Pero no es la lengua alemana la que se volvió loca!". Es extraordinario. En el fondo, haga lo que haga la lengua materna, no importa qué llegue a ser, sigue siendo la lengua materna. Para Hannah Arendt, la lengua alemana es en el fondo lo único que "ha quedado" de Alemania a pesar del horror y a través del exilio.

Pero hay que leer en paralelo su *Diario filosófico*, en el que cuenta día a día lo que le pasa por la cabeza, lo que piensa. Allí utiliza los textos de filosofía que tiene en su biblioteca, cita a Platón en griego, por ejemplo, a Descartes en francés, a Kant en alemán. Todo ese mosaico de lenguas le hace tomar conciencia de lo que llama la "equivocidad vacilante del mundo". Escribe entonces que el hecho de que existan diversas lenguas y se las pueda aprender permite al hombre estar en la mejor de las condiciones humanas, a saber, una condición de "vacilante equivocidad". Hay, pues, una lengua materna que queda siempre inigualada pero, al mismo tiempo, están presentes las otras lenguas. Es

fundamental que también estén ahí, porque permiten inquietar y poner en movimiento la lengua materna y, por eso mismo, el mundo.

¿Una lengua materna enloquecida? Si les interesa, lean a Victor Klemperer, *Apuntes de un filólogo*. Klemperer, filólogo y lingüista, es un profesor judío a quien se le prohibió enseñar, pero que pudo permanecer en Alemania en una casa de judíos, porque su mujer era no judía, y por eso no murió. Vio cómo la lengua alemana infundía el nazismo, y lo cuenta día por día. Asistió a la transformación de una lengua, mira con lupa cómo se mueve, cuáles son las palabras que de repente son invadidas por otro sentido, por ejemplo “organizar”, y que ya no se pueden usar. Llama a esta lengua LTI, *Lingua Tertii Imperii*, la lengua del Tercer Reich. Es de una inteligencia conmovedora. Vi un ejemplo análogo en Sudáfrica, donde trabajé mucho con la gente de la Comisión de Verdad y Reconciliación, quienes, con Nelson Mandela y Desmond Tutu, lograron evitar un baño de sangre después del *apartheid*. La lengua de los bóeres, la lengua holandesa que se habla allá, también llegó a ser de una cierta manera una lengua

que infundió algo terrible, el *apartheid*. Una periodista famosa, Antjie Krog, también se pregunta: ¿cómo hablar la lengua de los bóeres?

Me fui de tema, pero pienso que una lengua materna lo sigue siendo para siempre, como una madre sigue siendo madre. Pienso también que puede volverse loca, enloquecer. Es necesario que haya varias, otras madres además de la de ustedes, para otras personas, otras lenguas para que la cosa respire, para que se ponga en movimiento.

¿Por qué no se llama "comer" a la "casa", por ejemplo?

Esa es una pregunta importantísima en filosofía, que se refiere a lo que se llama "la arbitrariedad del signo". En verdad no hay necesidad de que "casa" no se llame "comer", pero una lengua solo tiene sentido como conjunto. Lo que constituye el sentido son las diferencias, podrías muy bien llamar "comer" a una "casa", pero lo importante es que haya una diferencia entre "casa" y "comer". Una lengua está formada por una serie de semejanzas y diferencias

antes que por elementos aislados, consistentes en sí mismos. Por otro lado, lo que llamas "*maison*" [casa] en francés se llama *house* en inglés, no hay un vínculo necesario entre una serie de sonidos y un objeto del mundo. Es lo que se llama la arbitrariedad del signo.

Sin embargo, si una casa se dice en francés "*maison*" antes que "*manger*" [comer], esto es así por razones de historia de la lengua, de etimología. ¿De dónde viene la palabra? ¿Cómo se hizo? ¿Cuál es la raíz? ¿Cómo evolucionó? Son largas motivaciones las que determinan los signos. Por otro lado, no sé cuál es la etimología de "*maison*". Si *manere*, "permanecer" en latín. La casa es el lugar en el que se permanece. Pero en la lengua latina misma, la palabra corriente para "casa" es *domus*, que da "domicilio" [*demeure*] y no "casa" [*maison*], de la misma familia que *dominus*, el dueño o amo de casa [*maître*]: la casa [*maison*] latina, allí reina el dueño de casa [*maître*] —allí se encuentra la diferencia de las lenguas y de las representaciones—. Por el contrario, "*manger*" viene de *mandicare*, agitar las "mandíbulas". Las palabras tienen historias, que permiten comprender mejor lo que quieren decir. Cada

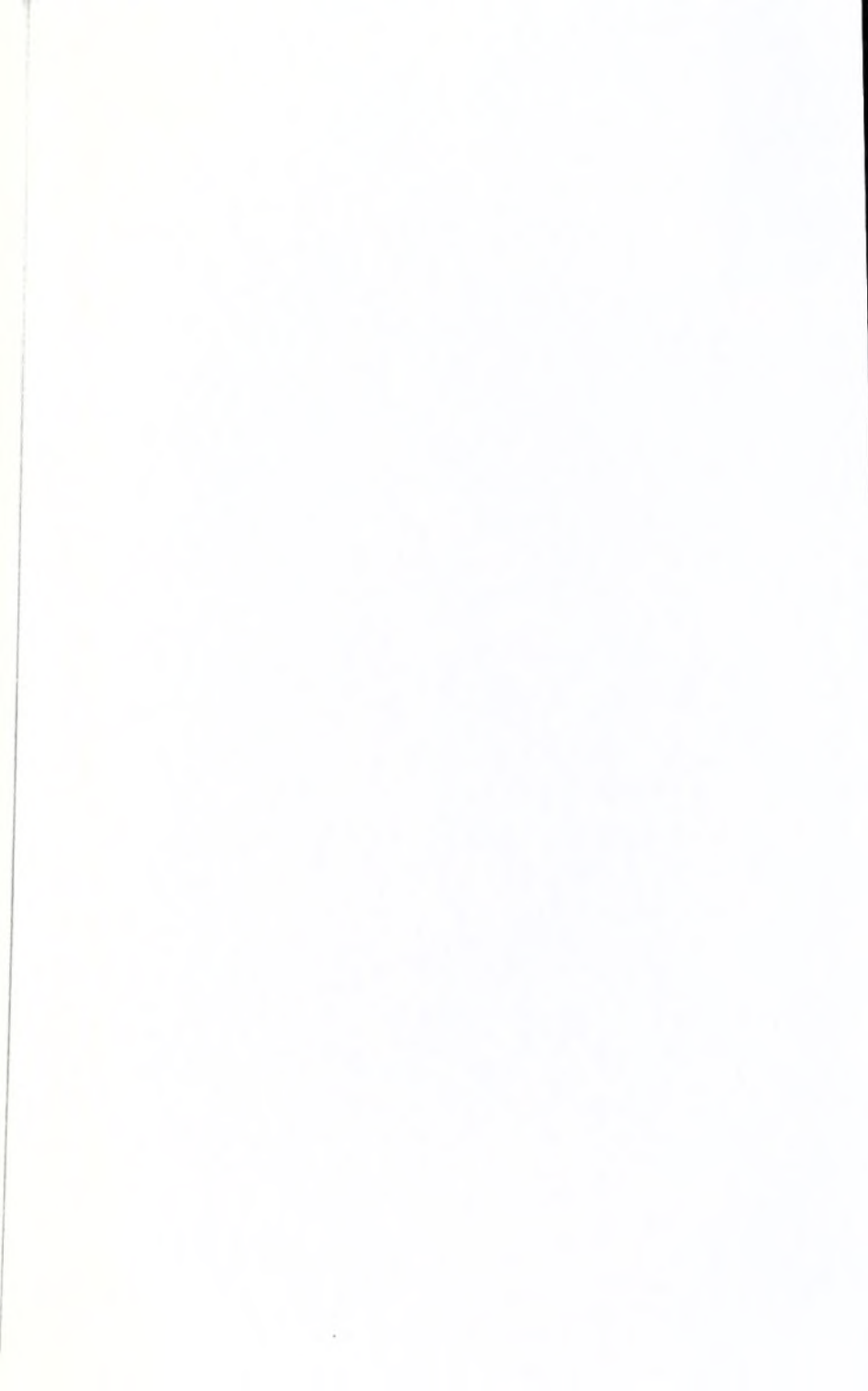
palabra es el punto de llegada de una historia y de una representación, pero solo adquiere su sentido, solo designa tal cosa y no tal otra, en su diferencia con las otras palabras de la misma lengua.

Además, para que una palabra tenga un sentido, es necesario que no seas tú el único que la emplea de ese modo, es necesario un acuerdo, una convención. Si eliges llamar "comer" al lugar donde vives, nadie te entenderá. Si dices: "tengo un comer recubierto de tejas rojas", quizá terminarán comprendiendo pero, en cualquier caso, se van a preguntar qué te ocurre. Ya ves, al fin y al cabo, hay unas cuantas razones que hacen que no se llame "comer" a la "casa", y será muy difícil que uno solo cambie ese tipo de convenciones sin pasar por loco o sin llegar a serlo. Pero nada impide perfeccionar, matizar, inventar y, si uno es muy bueno, ir en contra cambiando las maneras de ver, de decir y de pensar. Eso es lo que hacen a veces los filósofos, los escritores, los poetas, los hombres políticos o los raperos, después de todo.

Para responder bien a tu pregunta, siento que debería desplegar de a poco, y para mí

misma, toda la historia de la filosofía y después la historia de la lingüística. Y sin embargo, tu pregunta es muy simple; tu asombro, muy natural. En fin, eres filósofo.

Esta edición de *Más de una lengua*, de Barbara Cassin,
se terminó de imprimir en el mes de enero de 2014
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444,
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
Consta de 3.000 ejemplares.



Todos nacemos en la lengua o las lenguas que se hablan alrededor nuestro. Pero ¿qué es una lengua "materna"? ¿Y qué ocurre cuando se aprende otra? Si cada lengua dibuja un mundo diferente, ¿qué es lo que se dibuja cuando se habla más de una? Hablar varias lenguas equivale a tener varios mundos al alcance. Pasar de una lengua a la otra, aprendiendo, traduciendo, es aventurarse en otra manera de transmitir el sentido. Todas esas maneras, cuando entran en contacto, se enriquecen: comprendemos mejor lo que intentamos decir cuando sabemos que eso se dice de otro modo en otra lengua, con otras palabras, que quizá no dicen exactamente lo mismo.

Más de una lengua surge de una conferencia de Barbara Cassin dirigida a niños a partir de 10 años y a sus acompañantes. Allí se interroga, desde la filosofía, acerca de temas tan complejos como el significado del *logos* para los griegos, la traducción, las riquezas del bilingüismo, los homónimos y los intraducibles. Esta aventura oral transformada en libro, lejos de caer en la simplificación, representa un movimiento de amistad y acercamiento que logra atravesar a las distintas generaciones.

ISBN: 978-987-719-002-1



9 789877 190021

